

El incidente de Figueres con los Inspectores de Trabajo pone de manifiesto su actitud antiobrera.

Don José Figueres, que sabe combinar la demagogia para cazar votos populares con actitudes que benefician a su clientela electoral reaccionaria y burguesa, visitó la semana pasada el Ministerio del Trabajo para presentar, según él mismo declaró a La Prensa Libre, queja contra algunos inspectores de trabajo que, en su concepto, dañan u obstruyen la producción con sus intervenciones en las empresas.

Un grupo de inspectores de trabajo, en actitud plausible, se apresuró a emplazar a don Pepe, pidiéndole que concretara sus cargos, especialmente en cuanto se refería actuaciones dañinas a la producción de algunos inspecto-

res. Aunque el reportaje de Figueres a La Prensa Libre había sido amplio y concreto, éste contestó al emplazamiento retractándose, diciendo, prácticamente, que lo dicho no era lo que él había querido decir. El inspector Jaen, en buen artículo, exhibe la actitud ambigua de Figueres, demuestra su falta de sinceridad y desenmascara su política antiobrera disimulada con poses demagógicas.

Vamos a agregar algunos puntos sobre las íes a propósito de este incidente de Figueres con los inspectores de trabajo. El fondo del asunto reside en que, uno de los dirigentes figueristas de San Marcos de Tarrazú, dueño de carnicería, agredió a un inspector de

trabajo por el simple hecho de que éste se había apersonado para que se pagara el salario de ley a un empleado de la carnicería. La brutal agresión dió lugar a que el Ministerio ordenara la acusación contra el carnicero de marras. Por lo visto, la visita del señor Figueres al Ministerio de Trabajo tuvo por móvil principal intervenir en favor de su dirigente en San Marcos y en contra, claro está, del inspector agredido. Para Figueres es condenable la conducta de un inspector que cumple con su deber y no lo es, la de un patrón reaccionario que se niega a someterse a las leyes y que apela a la violencia a falta de razones.

San José - Pekin...

Viene de la página 2

permitiera, sin más enredos, convertirse en turistas por esos aires del mundo.

Un señor solemne, bigotes canos, bien vestido, pedía que le llamaran al jefe:

—Es amigo mío. Somos ulatistas. Llámelo. El me hará algún quiebre.

—¿Cuánto tiene que pagar usted?—le preguntaba la empleada.

—Una barbaridad! Yo qué sé! Llámeme al jefe! Y explicaba la causa de su atraso:

—Ese 10 por ciento de Pepe enreda a todo el mundo. A mí me fregó este año.

Vuelve a ver a todos, e insiste:

—Es una lata! Una verdadera lata!

Se limpia el sudor de la frente con el pañuelo blanco del bolsillo del saco, y ya casi de mal humor vuelve a pedir que le llamen a su amigo.

La empleada—sonriéndose un poco— se metió a llamar a su jefe. Volvió diciendo que no estaba, que andaba tomando café en la esquina, y a Eduardo y a mí nos dió una fórmula para que la llenáramos. En ella hicimos constar, casi triunfalmente viendo aquellos apuros ajenos, la verdad de nuestro estado: no teníamos rentas ni camas en qué caer muertos. Un segundo después, pasando sobre los atribulados propietarios, a quienes compadecimos gentilmente, salíamos a la calle.

En Seguridad Pública me cobraron 15 colones y me pusieron un sello en el pasaporte con algunos timbres fiscales. A Eduardo le dijeron que se esperara un rato. Eduardo tenía pendiente una acusación por haber traído a Costa Rica la película docu-

mental e irrefutable del uso de bacterias por el General Ridgway en las aldeas del norte de Corea, acusación nitida que el señor embajador norteamericano no quiere por nada del mundo que vean los costarricenses. Pensé que a causa del juicio le iban a negar la salida a Eduardo. Pero después de la espera —tal vez un telefonazo, a ocultas de los G. Men, a un funcionario tico que no es tonto— le pusieron los sellos y las estampillas en el pasaporte.

Ahora, a Salubridad por la vacuna. Me arregué y aguardé el pinchazo. La empleada, que me conocía como un escritor que apenas se gana la comida garrapateando cuartillas, me preguntó, un tanto extrañada, para dónde iba. ¿A Panamá? Pero no! ¿Quizás a San Carlos, donde hay fiebre amarilla? Son ahora tan caros los viajes...! ¿Se podía saber a dónde iba?

Yo, con negligencia, lentamente, le repuse que a China atravesando toda Europa. Me contestó con el pinchazo a todo meter.

Pero ya estaba inmunizado contra una de las pestes —el cólera— que los aviadores norteamericanos están dejando caer en el Lejano Oriente, con lo que el gobierno de Costa Rica, cómplice de esa salvajada, sabotéaba, en cierto modo, el "esfuerzo" de guerra de los "trusts" norteamericanos. Yo, inmunizado por don Otilio Ulate, podía ahora afrontar las pestes de Mr. Truman, siguiendo ya sin temor hacia el Lejano Oriente.

—Falta de coordinación entre los aliados —comentó Eduardo Mora, riéndose de mi razonamiento.